



Juegos contables y moral de conveniencia



Germà Bel

Profesor de Economía de la Universitat de Barcelona

ALGUNOS economistas cuestionan que el petróleo sea un argumento central de la inminente guerra en Irak. El cálculo al uso para ilustrarlo adopta un abanico probable del coste financiero de la guerra y lo compara con la capacidad de financiación que ofrece el petróleo iraquí, en un escenario de precios entre 20 y 30 dólares. Como el excedente anual obtenido del petróleo sería inferior al coste anualizado de la guerra, pues ya está: seguro que no es por el petróleo. Pasemos por alto que estos juegos contables infravaloran el volumen de petróleo iraquí comercializable y sobrevaloran su coste de extracción. Lo que no se puede pasar por alto es un concepto tan enraizado en el análisis económico como el del coste de oportunidad de no controlar el petróleo iraquí, las segundas reservas del mundo, tras Arabia Saudí. Imaginemos que el actual régimen saudí, u otro que lo reemplace, decide en el futuro emplear el petróleo como arma política. El precio del petróleo podría situarse entre 40 y 50 dólares. Los efectos negativos sobre el crecimiento económico equivaldrían a los recursos

necesarios para financiar varias guerras en Irak. Pero con el coste de una sola guerra se puede controlar el petróleo iraquí, cuya regulación ofrecería el mejor antídoto contra el uso político del petróleo por Arabia Saudí. La idea del petróleo saudí como arma política puede parecer extraña. Pero, en cierta medida, esto viene ocurriendo desde hace tiempo. Si sobre algo no hay disputas en el escenario internacional post-11 de septiembre es que en Arabia Saudí están las raíces más claras de la financiación del terrorismo internacional y del fundamentalismo islámico en todo el mundo. Es algo tan aceptado que cabe preguntarse por qué EEUU no ha optado por tomar el control militar de este país, pues una acción de este tipo permitiría, además, el control estratégico de las mayores reservas mundiales de petróleo. La respuesta es clara: una intervención militar en Arabia Saudí, donde está la Meca, generaría un verdadero conflicto mundial. La contención parece lógica, aunque uno puede hacerse una idea de cuán frustrante debe ser para la mayor potencia del mundo sentirse tan dependiente de la principal fuente de recursos del fundamentalismo

Cuán frustrante debe ser para la mayor potencia del mundo sentirse tan dependiente de la principal fuente de recursos del fundamentalismo

islámico. La hipótesis de ocupar Irak para disciplinar Arabia Saudí ayuda a entender por qué estamos en vísperas de una guerra de características típicamente imperialistas (motivos económicos y de control geoestratégico), más propia de la entrada en el siglo pasado que en el actual. Claro que esta motivación es políticamente incorrecta, por lo que ahora abundan las proclamas para liberar al pueblo iraquí de su régimen opresor. Todos sabemos, al menos desde que gaseó a su población en 1988, que Sadam Husein es un tirano genocida. Por eso produce una cierta perplejidad que España, país adherido a la tesis 'liberadora', haya sido uno de los más activos desde 1997 en relanzar las relaciones oficiales al más alto nivel, presidente Aznar incluido. Cuando se analiza el detalle de los contactos oficiales entre España e Irak (ver en Ministerio de Exteriores, <http://www.mae.es/documento/0/000/000/020/Irak.pdf>), se observa que sólo cesaron en 2002, cuando Bush introduce el asunto de Irak en la agenda. Todos nos alegraremos el día en que Sadam Husein pierda el poder. Pero muy pocos pueden comprender que para desalojar un régimen al que se agasajaba hasta hace poco se vaya a masacrar a la propia población oprimida por el tirano.